

De la piel del alma

ANTONIO DE GRACIA MAINE

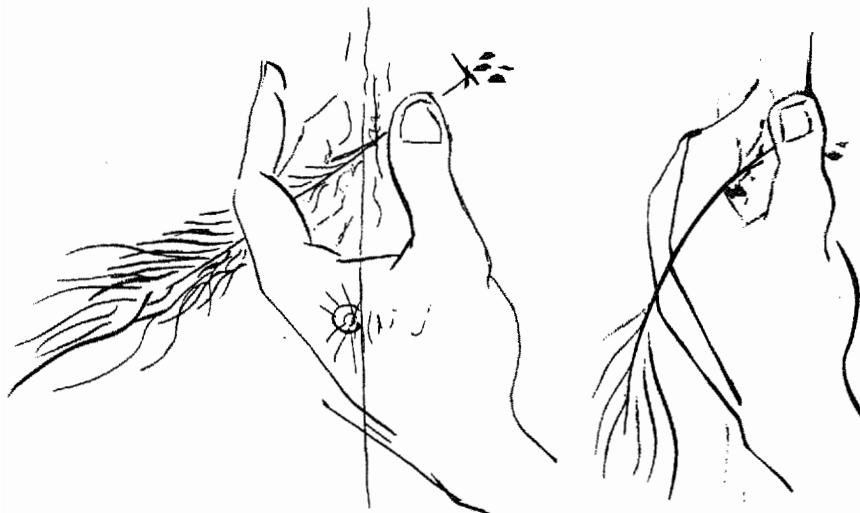
*De la piel del alma
nacen las palabras
cuando quieren ser.*

I
DEL MAL DE AMOR

Poesía que huye.

El día que la poesía
no surge
es vano afanarse.
La luz tiene sus horas,
sus momentos,
no le importa que tú quieras
aprehenderla en un cendal.
Huye, se diluye o muere
si no quiere caer en la voluntad,
apoderarse del sentimiento.
Sólo ella te dirige la mano
en tanto la mano ceda.

Es como Amor que llega
cuando ya no desesperas.



El tiempo tuyo.

De tu amor
sólo queda el recuerdo
y los recuerdos se los lleva el viento
en la madrugada.
El misterio de tu voz
en tinieblas se transforma,
en un templo de sollozos
que se van arrastrando
por el lecho del olvido.
Las campanas apagadas
transforman el bronce en algodón
y tú no estás.
Polvo al polvo
y la redondez de mis ojos
se anega de mares.
Lúgubre belleza del ayer
que al poeta alimenta.

Siempre así
en tanto yo
navegue por el tiempo
tuyo.

Ser otra vez.

Ser otra vez
encuentro con Amor.
Como entonces.
No por no tener.
Por tenerlo nuevo
aunque nuevo sea
el que mantiene la edad.

Que la vieja piel del alma
bebía para detener la sed
de esa otra piel
que sin hierro mira al cielo.

Hierro, fuego,
habitación nueva de carne
donde carne penetre
y se sienta sin cobijo.

Después, salir sin más,
sin preguntarse nada,
honestamente arrepentido.

Flor envenenada.

Si nace otra razón para vivir
se acoge uno a ella
como a una flor en el campo.

Si es flor envenenada
que se muere en los ojos,
en una simple mirada,
al menos ha sido flor,
al menos.

Pero ese pasar de días
unos sobre otros
apiñados, iguales,
va matando el alma sin pasión,
apasionadamente.

En un peregrinar.

En un peregrinar
a veces los recuerdos
asoman al presente,
se yerguen vencedores
y te vienen a decir lo que ya no eres.

Los recuerdos
siempre son de ellos.
De nosotros, de los otros:
el efímero tiempo.

Los días que fueron grises
todavía lo son.
Las noches violeta
no vuelven.

El mal sobrevive,
el placer yace.

Sólo queda renacer,
renacer a tiempo
en el vientre joven
que todavía florece,
con esa semilla
que emerge del ayer
cuando crees
que ya sólo sobreviven los anhelos.

Es el milagro de la vida
que, con aldabón quedo, .
te quiere traspasar
de los sentimientos al misterio.



Aunque Amor no sea.

Con la música,
en la noche fría y quieta,
vienen las palabras
que me dicen de mí.

La libertad de la mente
quiere escaparse a raudales
para hablarle al amigo,
para con él saberse vivo
en los días que toca vivir.

Ahora a ti, a tu puerta,
crees que ha llamado el amor
como si Amor
clamorosamente no devorara
lo que apetece.

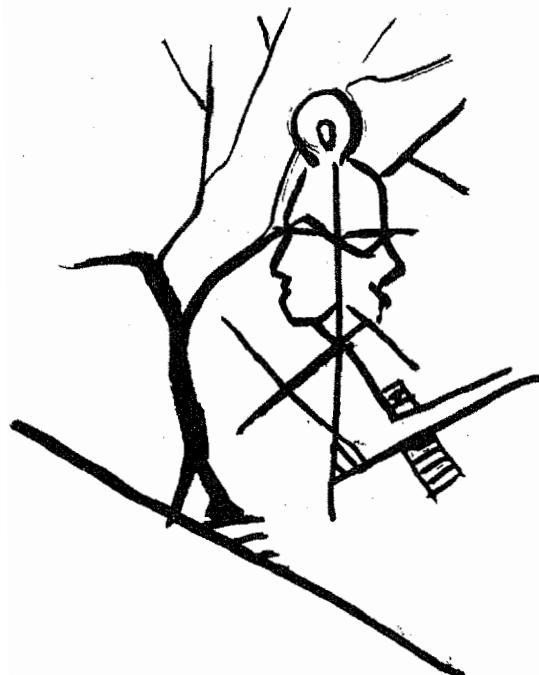
Son las ansias de la edad
que resisten.

Un atardecer, una mano:
eso ya no convence.
Se quiere carne palpitante
que sepa a veinte años,
a esos veinte años que nos asoman
al umbral de la muerte.

En esta edad nuestra,
tan peligrosamente incierta,
en un vaivén indeciso
nuestros dedos se aferran
a no morir
sin un nuevo amor en las manos,
aunque Amor no sea.

A tu enemiga.

No juegues a vencerla
que eso te habrá vencido.
Sencillamente, desde tu torre,
contempla el esfuerzo
que cree que te aniquila.
Y sin compadecer a tu enemiga
déjala caer desde la altura.
Caerá en tus brazos,
si tu quieres,
si no en la tierra dura.



De los hijos de los hijos...

Con los demás pasar:
esperar a morir.
Con los hijos:
sufrir sus penas
y las penas de sus hijos,
para que después llegue el olvido
en algún Cementerio Marino.
No ser, al fin, ni eslabón en familia
ni memoria escandalosa,
ni siquiera *aquel que hizo aquello*.

Pero esta leve gota que vive
se rebela
y quiere dejar, aunque sólo sea,
su voz que es su queja.
Decirle a los hijos
de los hijos de los hijos... de sus hijos
que cuando al mirar Amor,
al mirar al cielo, al mirar al mar,
sientan una serena congoja,
sepan que cabalga por su sangre
lo que ni la muerte despoja:
ansias amorosas
que inflaman al tiempo,
lo dislocan,
del morir se burlan
y de la eternidad se gozan.

II
DE MI CIUDAD

Cumbre de ciudad.

Cumbre de ciudad te quisiera.
Encumbrada.
No sólo golpeada por el mar,
el viento y las estrellas,
arrebatadamente clara por el sol.
Para mí te quisiera encrespada,
en son de guerra contra ti misma.
Te quiero desafiante,
esculpida en un clamor de peces
hasta el fin.

Amarte y temerte
ciudad mía y de mi sangre.

El drago.

Sin verte te presiento,
te oigo
cuando te mueven fluidos
que ya pasaron:
ecos que vienen de mi interior
cuando hacia donde tú estás miro
...y al traspasarme
hasta ti llegan drago atlántico
y ahora vuelven rojos de tu savia
para traerme
milenarios los gemidos.

El hilo azul.

La noche cena estrellas
mientras el mar se ahoga.
¡Cómo ansía la noche
desahogar un mar en su boca!

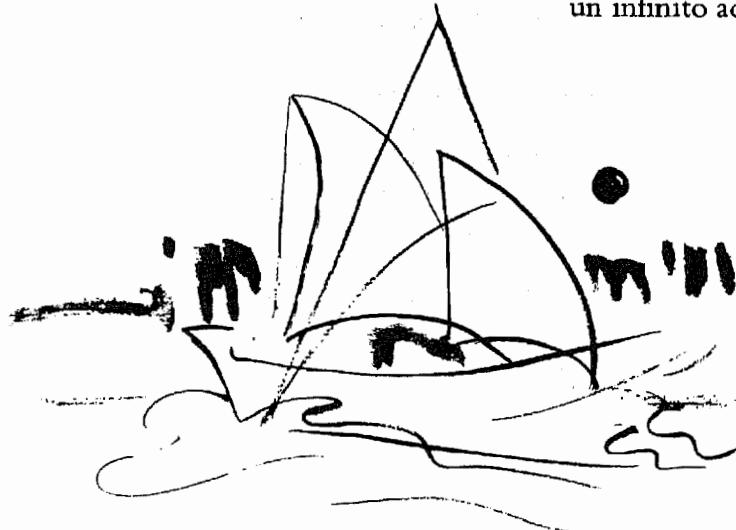
Las luces de la bahía
tintinean amarillentas.
Un barquito atraviesa
a vela henchida la ensenada...

Se reflejan en las nubes alas
y un arcoiris nocturno y lúgubre
de zozobra.

La sirena gime
en tanto se rompe el hilo azul.

Y yo no se lo puedo advertir.

una luz sobre el mar | hojas de un calendario |
un infinito adiós.



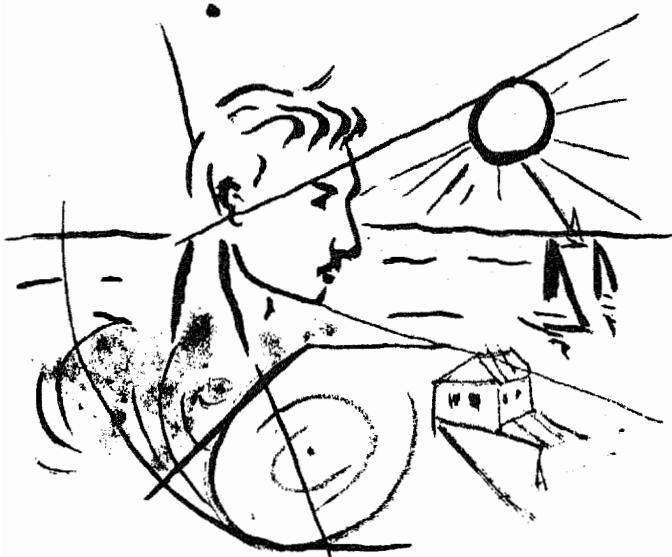
Lágrima de ángel.

Lágrima de ángel
cayó en mi ciudad
cuando mi ciudad medraba.
Confinada desde entonces
quedó a un cielo amargo.
De la sonrisa azul,
de su grandeza no renació.
En un pálido cáliz se alimenta de mar
en medio de un cielo que llora.

Un espejo de ese mar
alguna noche refleja el pasado:
en el abismo decadente
avenidas y torres almenadas,
el incienso a los dioses,
oro mucho oro,
ensueños y más ensueños
que algún día volveran.

Sol de siempre.

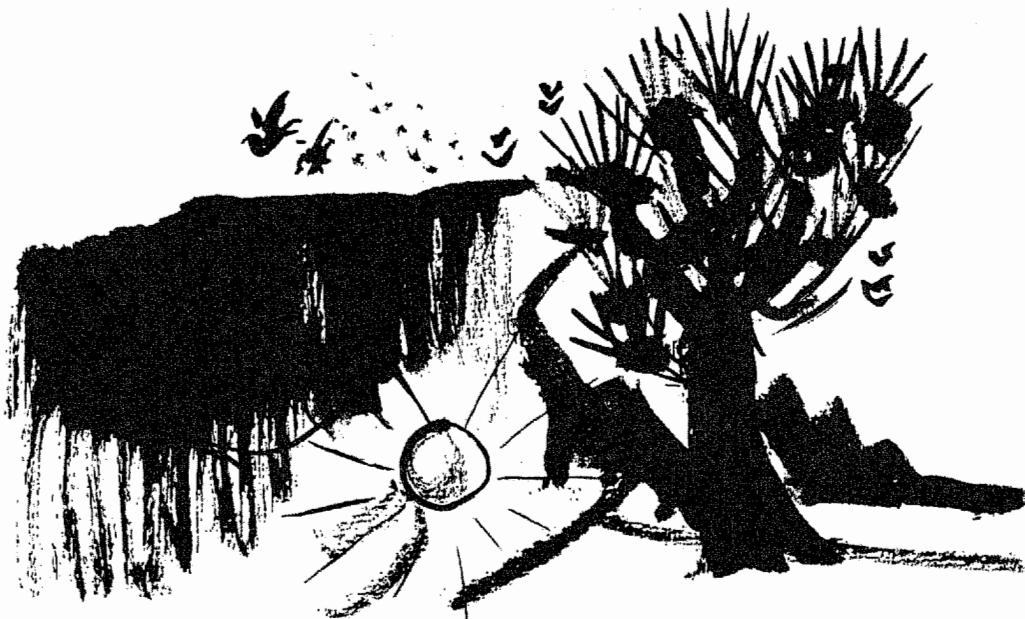
La redondez del sol
se hace línea de luz
cuando a poniente se va.
En mi ciudad el sol
no quiere marcharse nunca.
Por eso al mirarlo yo,
por el mar de vendaval,
jamás le digo:
hasta mañana.
El me mira y me sonríe
desde sus dientes de oro,
desde allá, desde muy lejos,
desde el horizonte sobre el mar
donde ya veo la alborada.



III
EN LA OTRA TIERRA

Atardecer.

Desde el ventanal
veo el cielo chocar con los tejados,
hacerse cobrizo.
Las golondrinas chillan,
el horizonte se quiebra,
las hojas de los árboles,
pizpiretas, tiemblan.
Más cerca un arroyo
de aguas frescas
con la brisa de la tarde
habla y sueña.
Los amigos de la tierra
camino adelante regresan,
en tanto, en lo más alto,
la luz de las estrellas,
por nacer, a la noche
le hace señas.



De las ánimas.

En el clamor de las campanas
del pueblo
las ánimas se cobijan.
Los espíritus vuelan
entre la siembra y los trinos,
al atardecer.
Es primavera.
Los que fueron quieren renacer.
Envuelven a los niños,
se transforman en sus gritos:
gritos lejanos y alegres,
al atardecer.
Todos los años como un rito
que no quiere dejar de ser.

Lluvia en el mar.

Mientras las nubes pasan sin prisa
el viento hace de los cristales
tambores,
los cadáveres de las flores
quieren revivir
y mis manos evitar al tiempo,
pero ninguno puede
hacer realidad su ilusión.

Ni la orquesta
ni el jardín
ni un nuevo amor.

Las ilusiones son nubes
que pasan buscando siempre
otro lugar,
se desvanecen en la luz,
sólo dejan su lluvia
en el mar.

La llama divina.

Las flores al sol
se visten de belleza,
pero cuando la veleta gira al Este
el miedo las asombra.
La vejez las envuelve,
se agrietan y padecen,
en la tierra van a dar
para ser de nuevo mañana.
Como nosotros:
rueda que vuelve del final
a ser principio.

¡Y en el principio no hubo nada!

Pero en esta realidad
la llama divina,
como luciérnaga en la noche,
inclemente se inflama.

IV
VARIACIONES

Poesía increíble.

Quisiera escribir
poesía increíble
que poesía fuera.
Maldita poesía en versos alegres,
alegres ideas en palabras graves;
mentir con la forma
para enredar el fondo;
decir la mentira con la verdad,
con la verdad la traición.
Con el tiempo envolver a la muerte,
hasta emborracharla,
para que no sepa nunca
donde estoy.

Aunque cosa haya.

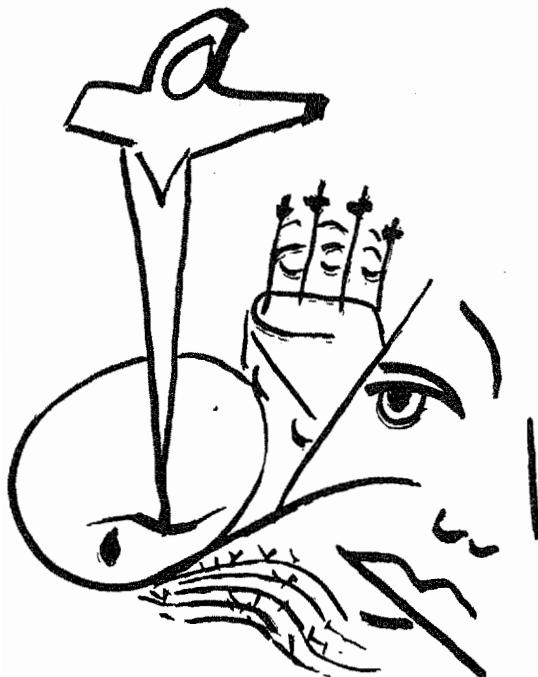
Espejo de tu sangre
son mis palabras,
mis palabras de vidrio,
palabras derrotadas
que se quebrarán en tu boca.

Y en tus sienes girarán
como una peonza.

Son sentimientos para tirarlos,
como dice alguna copla.
Yo los tiro a tus ojos
por si te encuentras con los míos.
A fin de cuentas
son palabras que sólo traspasan
el umbral de lo querido.
Poca cosa hay en ellas
aunque cosa haya.

Cruz pequeña.

Ante la cruz de Dios
dejo latente la mía,
en latidos de agonía
que no saben llorar.
Mi fe se alimenta de deseos
en la vida:
nada solemne, nada infinita,
sin voz, descolorida,
y, sin embargo, siempre viva.
Parece al que le parezca
que perecer de un momento a otro
pudiera
y sin saber de que manera
late, late en gemidos,
queda,
y mirando al cielo
con ansiedad se libera.
Ante la cruz de Dios
mi cruz pequeña
a mí mismo me enajena.



Pasar el camino.

Si se pasa el camino
se pasa el miedo.

Se vuelve atrás cada instante
y los días nos navegan.

No se puede
ni por cambiar el ánimo
ni por fruncir el ceño
huir del camino.

Hogaño nada cambia
en la rueda de la vida.

Los años caen a plomo
sobre la piel encogida.

Lo que ayer era siembra
siembra es hoy.
Lo que ayer cosecha
cosecha hoy.

Pero...
si el camino se pasa
se pasa el miedo.

En el jardín.

Si la música aquí fuera
sería fagot tibio,
platillo susurrante,
viola en do de lascivia.
No sé. No se sabría. La música
no tendría sonido. Al final
moriría
entre árboles y trinos,
apuñalada con la cúspide
muy aguda y muy alta
del más asesino de los pinos.

De pronto se hace un silencio en el silencio.
Nada viene al oído,
ni el murmullo vegetal ni el trino.

Se ha parado el reloj del mundo y estás solo.

Poesía sencilla.

Poesía sencilla
para sacar afuera los días
de los años
que se van fraguando dentro.

Uno es así, quisiera ser así,
poesía diáfana,
una hora, un minuto, algo vulgar
que todo el mundo tenga.

Parecerme al viento,
a un collar,
a un perro bucólico y tierno.
¡Cuánto lo quisiera!

Estos días quisiera ser así:
una ola, arena de la playa,
una sombra, quietud,
anclada en mil esperanzas varada.

Uno es así, quisiera ser así,
cuando mis hijos
calzándose poemas
a mi corazón se asomaran.